

Y UN ESPEJO

Siete veces vio Sur Ánfora llenar la luna, siete veces despidió el sabio, desde su torre, lechos de un nuevo mar. El biógrafo ha seguido a tientas los pasos de aquel, ha resaltado y ocultado meticulosamente los detalles de su vida; ha inventado una y otra vez en forma de sugerencias, reverencias y alusiones, las circunstancias de su adiós. Tengo, sin embargo, en mi deber; la labor de rescatar (como otros harán en el futuro) la mayor de sus vivencias y, seguramente, la menos relevante.

Remontará el jinete de la historia a su niñez temprana; donde sabría él, sur de los pesares, de un porvenir maravilloso. Vería ingrávido la silueta vana de una sombra que el día estira; nadaría el fausto agua provincial del pozo umbrío y dolería, primero y nunca, la primera luna. Fue en aquel pozo donde la hubo visto, en la nébula de oriente, hundiéndose en reflejos de penumbra. Fue en aquel pozo, donde ahogó al olvido el primero de sus ojos. Cinco iguales incidentes se turnarían al pasar de los años y cinco veces le habría perdonado el cielo. Seis pecados hubo él ofrecido al redentor, y al mapa del edén, seis estrellas. Que pudo al fin trazar.

40 días tardó en plasmarlo, y se ha negado admitir a esos 40, 40 noches. Aunque alegue el astrologo un temor de incidir bíblico, bien sabe el sabedor del firmamento que un mapa tan exacto del cosmos puede ser solo a falta de la noche. Al concluir de su trabajo, distinguió el sabio el acechar de una mancha luminosa y entrevió la palpitante cara oculta del metal ardiente. Inmediatamente, huyó. Seis años su mapa descendió a la polvareda,

seis años intentó el sur desenterrar del pozo, la memoria. Más solo al cauce tierra virgen pudo confiar su ojo.

Ciego, recluso a lo que unos llaman y otros sueñan *la blinda*, descendió Sur Ánfora hacia grutas innombrables; desdijo del hambre, deshizo del frío y extrajo de una vez ninguna, agua y roca. Tuvo entonces por oído el flujo, el gotear que hasta abismos incontables vendría para ahogarle. Aumentaba aquel flujo su fuerza, el pedregal de la erosión y el peso de la ira hacían más raudo su deceso. Dormía Sur Ánfora cuando un tacto lo despertó, pronto, el tacto fue vista. Supo, desde mucho tiempo atrás, que aquel dejo volvería. Y pudo darse cuenta, a su sorpresa, que jamás podría saberlo. El turbar del río hizo río de su vista, lejano y capaz se la tragó con éxito; pero el pozo, indómito y sabido, trajo al de vuelta la luz.

Alzó el sabio su ojo, por séptima vez recorrió el rayo de la gruta hasta el abrir de un pozo. Y vio, claramente, por vez primera, la nébula ondulante de otra luna.

Pier Daymán, Abril 2021